de las infinitas casas de placer, situadas entre el doble recinto de los muros de la ciudad.

CAPÍTULO IV.

UN TURBANTE DE HUEVOS MOLES.

Siguiendo el antiguo testimonio de Jacobo de Guisa, Bruselas tuvo principio en una torre que levantaron una falanje de aventureros venidos de la Gran Bretaña, para hacer desde ella correrías á las provincias inmediatas, y poner en cobro los tesoros que acopiaban con sus rapiñas. La fertilidad del terreno y la salubridad del sitio, la convirtieron rápidamente en una ciudad populosa, y á principios del siglo XII estaba ceñida de una muralla con siete puertas, y por varias torres defendida. Este recinto pareció estrecho dos siglos despues, y en 1357, Wenceslao, duque de Brabante, levantó una muralla á una milla larga de la antigua; dejando entre los dos recintos diversas arquerías, palacios y casas de placer, con estensas praderas surcadas por los canales del rio Sena, que ofrecian abundante pasto á rebaños muy numerosos.

Entre los campestres edificios, se alzaba una especie de polígono, coronado por una torrecilla bastante elevada, y cerrada como los minaretes egipcios. Al rededor de este polígono crecian tres cipreses jigantescos, que daban nombre al edificio; y en su centro vivia tranquilo maese Genaro, temido del vulgo por sus filtros, y respetado de los sabios por sus conocimientos químicos.

El laboratorio de maese Genaro se encontraba en lo mas alto de la torrecilla, y frecuentemente salian algunas columnas de humo por unos tubos de metal puestos en la media naranja. En el interior del laboratorio se veian hornillos, crisoles, retortas, alambiques, piedras, plantas, licores y metales; todo colocado por su órden en anchos estantes de nogal, ó espaciosas mesas de mármol.

La figura de maese Genaro no tenia nada de repugnante: sus blancos cabellos estaban cuidadosamente peinados y sujetos con un gorro de seda negro; una especie de túnica azul cubria su pequeña estatura, y sus grandes ojos brillaban de inteligencia y de codicia. Era mas de media noche; el químico estaba sentado en un ancho sillon de baqueta, animando con un pequeño fuelle el combustible de un hornillo, y á cuatro pasos de distancia estaba un jóven de veinte y tres años, alto, blanco, de facciones toscas y de mirada casi estúpida. Este jóven miraba al sabio, como quien desea algun favor que teme pedir, y al mismo tiempo echaba golosas miradas á un turbante de huevos moles, que se hallaba sobre una mesa en una bandeja de plata.

—¿En qué piensas, Guillermo, en qué piensas? le preguntó maese Genaro.

—Pienso, pienso....

—En hacerme alguna pregunta y no te atreves.

—Cabalmente cuando yo decia.... cuando yo decia....

—Que adivino lo que tú piensas.

—Cabalmente: y que sois capaz de adivinar todo cuanto querais.

—¿De veras?

—Por eso he venido á traer esa pequeña golosina.

—Pues yo creia reducido todo tu interés á que te pintara cuanto antes un turbante de huevos moles, usando colores vejetales que no puedan hacer ningun daño al ilustre D. Juan de Austria.

—Eso ha sido solo un pretesto. ¿Habia de venir un hombre como yo, hijo único de Jorge Matren, el posadero mas rico de Brabante, para semejante bagatela?.

—¿Pues entonces, para qué has venido?

—Me iré esplicando poco á poco. Yo conozco mucho al que ha hecho esa preciosa golosina, tenia que traerla, segun dijo: á mí me pesaban en el bolsillo cinco ó seis florines de oro, y me dije: Ánimo, Guillermo: apodérate de esta golosina, y vé á la torre de los *Tres Cipreses*, que allí te dirán lo que deseas. Esa es la parte de la historia; aquí teneis los seis florines para ayuda de vuestros gastos.

El jóven presentó á Genaro los seis florines con arrogancia, y el anciano los arrojó sobre una mesa con desprecio.

—¿Qué quieres saber? preguntó el químico.

—Mi padre me ha dicho: Guillermo, he pedido á Cornelio Estraten, el armero mas rico del Brabante, la mano de su hija para tí.

—¿Y bien?

—Yo quisiera saber lo que responderá la chica.

—Ella lo pensará.

—Pero....

Dieron dos golpes á la puerta.

—¡Ella lo pensará! repito.

Otros dos golpes resonaron:

—Pero, pero....

—¿Me parece que llaman?

—Pero....

—Felipe de Marnis, gritaron.

—Silencio, dijo Genaro levantándose; y haciendo bajar á Guillermo una escalera de caracol, le dejó encerrado en un aposento y abrió la puerta de la torre al mensajero de Felipe.

El químico tomó la carta, y leyó estas pocas palabras, escritas por Felipe de Marnis antes que entraran los tres nobles.

"Veneno que mate como el rayo, quinientos florines de oro...."

Estaba interrumpida la línea, pero mas abajo se leia:

"Para las ocho de la mañana un turbante de huevos moles, en todo igual al que ha de servirse mañana en el templo de Santa Gudula."—*Marnis.*

El químico abrió su cartera, escribió con lápiz en una hoja, la arrancó y entregó al criado. Cerró la puerta, sacó á Guillermo de su encierro y entraron juntos en el laboratorio del sabio.

Maese Genaro se acercó al hornillo, avivó el fuego nuevamente, y con una pequeña espumadera sacó la espuma de un líquido rojo que hervia en una cacerola de azofar. Despues se aprocsimó á Guillermo, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—¿Estás, jóven, muy enamorado de la hija de maese Cornelio?

—Muy enamorado, y vuestra respuesta no ha puesto término á mis dudas.

—Y sin embargo, mi respuesta ha sido la verdad. Con todo, puedes preguntar á tu padre y sabrás cuanto te interesa.

—¿Y cuándo podré preguntarle?

—Guillermo, despues del medio dia.

El químico volvió á espumear su licor, lo separo luego de la lumbre y puso á enfriar en una vasija de agua. Cuando le pareció bastante frio, se llegó á un grande escritorio, con embutidos de carey, marfil y bronce; lo abrió con una llavecita que colgaba de su cintura, y de un cajoncito, que se abria con el aucsilio de un resorte cuidadosamente disimulado, sacó un pomito de oro, con tapon del mismo metal. Lo abrió con notable cuidado, y acercándose á la cacerola, vertió en ella una gota del tamaño de una perla pequeña, con la que fermentó el licor, del mismo modo que la cal echandola gotas de agua.

—Maese Genaro, dijo Guillermo, me parece que ese licor no hace buena liga con el otro.

—Al contrario, replicó el químico; son como los buenos amigos, que primero deben reñir. Mira como van haciendo las paces.

Con efecto, aquella efervescencia se fué calmando poco á poco, y en el fondo de la cacerola quedó un líquido color de púrpura. El anciano lo trasladó a una pequeña copa de vidrio, tomó un pincel, y procedió á teñir de rojo el turbante, con un esmero que mostraba el mucho gusto que tenia en tan estraña ocupacion.

—Estoy pensando, maese Genaro, que los sabios sirven para todo; dijo Guillermo, como hombre que deja resuelto un problema.

—A lo menos sirven para mucho.

—Y lo conozco por esperiencia. Hace poco fuísteis adivino, y ahora estais siendo repostero; despues....

—Seré tal vez un hombre que....

El químico se interrumpió, como si hubiera ido á decir alguna estraña necedad, y señalando al posadero el turbante de huevos moles, le dijo con falsa sonrisa:

—Señor mandadero, he terminado mi trabajo y puedes llevarte al momento esa delicada golosina.

—¿Qué se debe? preguntó Guillermo amostazado.

—Dí al repostero, tu señor, que entre sastres no median hechuras.

Y tomando el sabio su linterna, condujo al jóven posadero hasta la puerta de la torre.

Se alejó Guillermo, y el químico se detuvo algunos momentos á respirar el aire puro y embalsamado de las noches de primavera. Un manso arroyuelo corria al pié de la torre de Genaro, y un florido seto de rosales la circundaba en derredor. De entre los rosales salió un hombre embozado en una ancha capa, y dando al químico una palmada sobre el hombro, le dijo:

—Buenas noches, maese Genaro.

El anciano volvió la cabeza con notables muestras de inquietud, creciendo ésta de punto al ver la cautela del embozado, que seguia recatando el rostro. El químico cobró al poco tiempo una parte de su sangre fria, y le preguntó:

—¿Quién sois?

—Un hombre que respeta tus talentos químicos y no teme tus filtros, Genaro.

—¿Vuestro nombre?

—Nada te importa.

—¿Qué buscais?

—A maese Genaro.

—¿Para qué?

—Para hacerle aquí mismo una proposicion.

—Hablad.

—A las once y media entró aquí Guillermo Matren, hijo del rico posadero de la plaza del Arenal, trayendo un turbante de huevos moles, que debe servirse mañana en la iglesia de Santa Gudula.

—Me lo trajo, para que le diera color.

—Lo sé. A las doce y media ha llegado un criado de Felipe de Marnis con una carta para tí.

—No ha traido carta.

—Maese Genaro, son inútiles las mentiras.

En el mismo dintel de esa paerta, y á la luz de aquella linterna, leiste lo que Felipe te escribia: despues abriste tu cartera, escribiste con lápiz en una hoja, la arrancaste y diste al criado, guardando la carta de Marnis en el bolsillo de tu ropon.

—Pero....

—Todo lo sé, maese Genaro, Guillermo ha salido ahora mismo, con el turbante preparado por el químico de la torre.

—Pero....

—No tienes que temer si aceptas la proposicion que voy á hacerte.

—Hablad.

—Te daré mil florines por la carta de Felipe de Marnis.

—¡Imposible!

—Pues en ese caso serás degollado mañana.

—No teneis pruebas.

—En primer lugar, tengo la carta que conduces, y que no podrás destruir sin que mi daga penetre hasta tu corazon; en segundo, la deposicion de Guillermo.

—¿Y el príncipe de Orange?

—¿Qué importa? Si me das la carta, mañana te entregarán los mil florines; si no, me seguirás ahora. Elije pronto.

—Mas....

—¡Genaro!

El químico sacó la carta con singular abatimiento, y se la entregó al embozado: éste la leyó con alborozo y dijo a Genaro:

—Mañana te entregarán los mil florines.

CAPÍTULO V.

LA GRUTA DE LA MAGDALENA.

Por bajo los arcos y pórticos del palacio del gobernador, se pasa á sus jardines y á su parque, los

mas estensos y magníficos que se ven en toda Bruselas. Se presenta en primer lugar una deliciosa pradera, sobre cuyo césped florido corren los caballeros cañas, ó se disputan la sortija. Una copiosa fuente, que mana del interior de una honda gruta, fertiliza todo este terreno, llenando un estanque poblado de ánades y cisnes, y perdiéndose despues en cascadas murmurantes y juguetonas.

Como término de la pradera, se encuentra un hermoso *parterre*, con muros de flores y verdura, y vistosos juegos de agua en una fuente colosal que se deja ver en su centro. Del *parterre* se pasa al parque, poblado de abundante caza, que se alberga en un gran número de grutas, entre las cuales se distingue la llamada de la Magdalena, tanto porque representa el peñasco de *Sainte Baume* en la Provenza, cuanto porque brota inumerables fuentes y arroyos, que dividiéndose en varios canales llevan agua á las demas grutas. Vamos á entrar en su interior en la mañana del 4 de Mayo de 1577.

Brillantes cristalizaciones cubren la bóveda y los muros, medio dorados por los rayos de un hermoso sol de primavera, que penetran penosamente por las ajimeces naturales de aquel palacio de cristal, ó mas propiamente de nacar; pues presentando sus cambiantes tiene su blando tornasol. Las formas de sus estalactitas son tan caprichosas y varias, que unas representan reptiles, peces otras, algunas flores, y el mayor número raices; especie de lianas trasparentes, como los pilares que sustentan aquella bóveda brillante. Ni la menor planta vejeta en el interior de esta gruta; pero en cambio cubren su entrada y la ciñen por todas partes abundantes tallos de vides, con su verde mate y obscuro, que reflejan y reproducen las trasparentes estalactitas.

En unas partes hierve el agua, brotando por entre las guijas, en otras sale con estruendo de una cavidad subterránea, destila en varias de la bóveda, y en mil se desprende del muro por unos estrechos surtidores que forman sus mismas cristalizaciones.

En el interior de esta gruta está sentado D. Juan de Austria, y una profunda melancolía anubla sus nobles facciones, tan espresivas y tan bellas. Obligado á lidiar sin armas contra pérfidos enemigos, y á manifestar rostro sereno, busca ansioso la soledad, para suspirar libremente: que un suspiro desahoga al alma como al corazon una sangría.

D. Juan suspiró profundamente, y una voz que parecia salir de un copioso cauce de agua, preguntó:

—¿Suspiras, D. Juan?

El austriaco dirijió sus miradas con rapidez á varios parajes; pero nada pudo descubrir, y solo oyó el eco de la gruta que repetia:

—¿Suspiras, D. Juan?

A esta repeticion del eco siguió la voz, que hablaba entonces desde lo mas alto de la bóveda, preguntando:

—¿No me has oido? Te he dicho: ¿Suspiras, D. Juan?

El jóven se estregó los ojos, para convencerse que no soñaba, y mientras el eco repetia pausadamente las palabras pronunciadas momentos antes, la voz dijo en otro lugar:

—¿No quieres, D. Juan, responderme?

La sorpresa del bizarro príncipe se desvaneció con rapidez, y aunque no sabia cómo ni quién le estaba dirijiendo la palabra, respondió con jovial acento:

—En vano pretenderia negarte un secreto que has sorprendido.

—¿Y por qué suspiras?

—Porque padezco.

—¿Tienes amores?

—Puede ser.

—Tienes fama de galanteador.

—Reputaciones usurpadas.

—¿Eres inconstante?

—Jamas.

—Dicen que de todos los animales, el mas inconstante es el hombre.

—La observacion es ingeniosa.

—¿Te agrada?

—Sí, pero debes añadirla, que de todos los elementos el mas variable es la mujer.

—Tambien te precias de discreto.

—No mucho. Tu dulce voz y tus razones me están diciendo que eres dama. ¿Quieres presentarte á mi vista?

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Por una razon muy poderosa.

—¿Quieres decírmela?

—Porque no quiero.

—Es la razon mas concluyente.

—Y tambien la mas verdadera.

—¿Me dirás tu nombre?

—Puede ser.

—Ya te escucho.

—Todavía es temprano.

—¿Te he visto en alguna ocasion?

—Sí, D. Juan.

—¿He hablado contigo?

—Alguna vez.

—No conozco tu voz.

—Lo creo.

—¿Por qué?

—Porque la desfiguro.

—¿Eres hermosa?

—Tú lo has dicho.

—¿Estás enamorada?

—Quizá sí.

—¿De quién?

—De un príncipe magnánimo.

—¿Por qué has venido aquí?

—Por verte.

—¿Segun eso yo soy el príncipe de quien estás enamorada?

—No adivinas mal, ó á lo menos eres presumido.

—Lo he sido una vez en mi vida, segun acabas de manifestarme; pero algunas de tus palabras parecian dirijidas á mí.

—¿Lo magnánimo, por ejemplo?

—Lo príncipe.

—Podria amar al príncipe de Orange.

—Tendrias mal gusto.

—¿Por qué, D. Juan?

—Porque le sobran algunos años, y le faltan muchos cabellos.

—Estás satírico.

—Así, así. Mas sentado que no me amas, ¿por qué has venido á verme?

—Yo no he dicho que no te amo.

—Pero lo supongo.

—Ahora me pareces muy modesto.

—Mas vale así.

—Voy á sacarte de tus dudas.

—Lo deseo.

—Te amaré ó no te amaré, príncipe.

—En vez de sacarme de dudas las aumentas dolorosamente.

—Si quieres salir pronto de ellas, contéstame con toda lealtad á una pregunta que voy á hacerte.

—Te doy mi palabra de honor.

—¿Estás enamorado?

—Sí.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Pues en ese caso....

—¿Que?

—Te adoro.

—Lo siento en el alma.

—¿Lo sientes?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no puedo pagarte ese amor con mi amor.

—¿Me desprecias?

—No te desprecio, pero me es imposible amarte.

—Esa franqueza....

—Es propia de un hombre que ha dado su palabra de honor.

—¿No me amas, príncipe?

—Amo á otra.

—¿No temes mis celos?

—Señora, dijo el príncipe con energía y dejando el tono de broma que habia conservado hasta entonces, ¿sabeis que me llamo Juan de Austria?

—¿Y quien lleva ese nombre?....

—No teme las asechanzas de los hombres, ni los celos de una mujer.

—Nuestras venganzas son terribles.

—No van mas allá del sepulcro.

—Pero emponzoñan una vida.

—Quien no teme el morir, señora, sabe vivir en el dolor.

Don Juan pronunció estas palabras con estraordinaria amargura: hubo un instante de silencio y la voz prosiguió:

—Pensad que os encontrais en mi poder.

—No importa, señora, no importa.

—De cada hendidura de esta gruta puede partir una saeta que atraviese vuestro corazon.

—De cada mosquete de los arcabuceros flamencos puede salir, señora, una bala contra el gobernador de Flandes, y sin embargo me presento con una ropilla de seda ante los señores mosqueteros.

—¿No temeis mi furia?

—Repito que no sabe temer Juan de Austria. Si podeis ver desde ahí mi rostro, lo contemplaréis tan sereno como en la sala de un festin.

Nuevo silencio se siguió á las palabras del austriaco; el rostro del príncipe se animó con una lijera sonrisa, y la voz, que parecia salir de los mismos piés de Don Juan, prosiguió:

—Sé que eres valiente y he hecho muy mal en pretender intimidarte: me has dicho que no me amarás, pero quiero hacerte una súplica.

—Puedes pedirme cuanto quieras.

—¿Me concederás tu amistad?

—¿Mi amistad?

—Dudas en concederla á una persona desconocida; pero esta persona te jura por Jesucristo crucificado, que no tendrás que arrepentirte. ¿Quieres concederme tu amistad?

La discusion iba tomando un carácter triste y solemne; Don Juan estaba poseido de un respeto supersticioso, y aquella voz dulce y sonora manifestaba una conmocion mas espresiva por la lobreguez del lugar. Pasado un instante de silencio prosiguió la voz.

—¿Quieres concederme tu amistad?

—¿Me prometes no abusar de ella en perjuicio de nadie?

—Lo prometo.

—Pues juro por el nombre de mi padre ser tu amigo.

—Gracias, Don Juan. ¿Conoces la historia romana?

—La conozco.

—¿Te acuerdas de Numa Pompilio?

—Me acuerdo.

—¿Cómo consiguió gobernar aquel pueblo de malhechores?

—Valiéndose de los consejos de la ninfa Egeria.

—Ninfa de una fuente, como yo.

—A la verdad que te pareces á la ninfa.

—Pues aseméjate al rey Numa.

—¿Me darás consejos?

—Te daré avisos.

—¿De qué manera?

—Muchas veces en esta gruta: otras donde Dios me ilumine.

—¿Tienes algo que participarme?

—Tú sabes, como yo, que pisas sobre un espantoso volcan.

—Lo sé.

—Tú sabes que estás solo contra inumerables enemigos.

—Enteramente solo, no.

—Se sacrificarán por tí, Juan de Escobedo, Octavio Gonzaga y otros dos ó tres españoles.

—Y algunos flamencos tambien.

—Pocos, Don Juan: pocos, poquísimos.

—No tan pocos.

—Estás rodeado de traidores.

—Y de leales.

—Mira. La.....

—Calla por Dios: te agradeceré que me avises algunas cobardes traiciones; pero no quiero saber los nombres de los que contra mí conspiran.

—Pues sabe al menos que están divididos en varias fracciones. Hay unos que conspiran contra tu vida, otros contra tu libertad, algunos contra tu poder, y el que menos quiere limitarlo. Encontrarás quien te defienda de la muerte para sujetarte entre las paredes de una torre, quien te libre de la prision para ponerte bajo su tutela, y quien te presente un caballo para que huyas á rienda suelta de las provincias que comandas. Todos saben, príncipe, la lealtad de tu bizarro proceder; pero finjen que tramas traiciones para lejitimar las suyas. Has prestado cien mil florines, que jamás cobrarás.

—Lo sé.

—Has prestado cien mil florines para que salgan los españoles; y á pesar de que á jornadas dobles toman el camino de Italia, los acusan de perezosos, y á tí con ellos.

—Bien lo sé.

—Sin ejército, sin amigos, no podrás obrar libremente, y te llevarán como á un niño con andadores.

—No. Se engañan.

—Abandonado enteramente.....

—Abrirán aquí mi sepulcro, pero moriré con honor.

—Cuando pienses acometer alguna empresa descabellada, acuérdate de la mujer que amas y no te arrojes temerario.....

—Ella no me amará cobarde.

—Pero te adorará prudente.

Hubo un momento de silencio, y la voz misteriosa se oyó en el mismo paraje que la primera vez:

—Adios, Don Juan.

—¿Te alejas?

—Sí: Octavio Gonzaga se acerca.

En efecto, á pocos instantes apareció Octavio Gonzaga, y sacudiendo los tallos de las parras penetró en la profunda gruta. Pareció registrarla afanoso, hasta que descubriendo al príncipe dijo entre alegre y enojado:

—¿Os habeis dormido, señor?

—No, Gonzaga.

—Pues me habeis dado un buen susto.

—¿Por qué?

—Como no parecíais.

—¿Pues qué tengo que hacer ahora?

—Ahí es nada. Ir á la iglesia de Santa Gudula.

—Apuesto que falta una hora para que venga la comitiva.

—Una hora ecsactamente: pero teneis tanto que hacer.

—Veme diciendo.

—En primer lugar el almuerzo.

—Has llegado tarde.

—¿Por qué?

—Porque he almorzado en una linda lechería que hay en la pradera, huevos frescos y un gran vaso de leche de vacas.

—Alabo la frugalidad.

—Soy mas sobrio que un italiano.

—Teneis que vestiros.

—Te equivocas. Con la obscuridad no distingues que solo me falta la espada.

—Me parece que ese vestido....

—Nada deja que desear. Es un vestido de seda negra, tan severo como el de Felipe II. No quiero hacer ostentacion de vano lujo en una fiesta enteramente religiosa. Además, un gobernador debe presentarse tan grave como el mismo rey.

—En ese caso....

—Nos dirijirémos á mi alojamiento, para que los señores diputados, consejos, senado y regidores, vean que el nuevo gobernador no hace esperar un solo instante.

D. Juan tomó el brazo de Gonzaga, y los dos jóvenes salieron de la gruta de la Magdalena.

CAPÍTULO VI.

LA IGLESIA DE SANTA GUDULA.

La colegiata de Santa Gudula, principal iglesia de Bruselas, fué edificada por los primeros condes de Brabante y dedicada á S. Miguel, patron de la dicha ciudad. Mas Lamberto, conde de la misma, y Gerardo, obispo de Tournay, la reedificaron magníficamente, la decoraron con el mayor lujo, y consagraron á Santa Gudula, hija primogénita del conde Witardo y de la condesa Amelberga, descendientes de Carlo-Magno

La fachada de esta hermosa iglesia está decorada con numerosas esculturas, levantándose sobre ella dos torres del severo órden gótico-germano, tan altivas como las pirámides que labraron los Faraones. Esta iglesia tiene dos capillas de distinta celebridad, pero á cual mas importante. En la de la izquierda se venera un copon de oro, en el cual se guardan tres hostias consagadas en memoria de un gran milagro, cuyos pormenores se ven en pinturas de bastante mérito, que tapizan todos los muros, y en varias inscripciones latinas cuidadosamente conservadas. La nave de la otra capilla está sostenida por doce pilares, en honor de los doce apóstoles, cuyas imajenes primorosamente trabajadas llaman la atencion de los viajeros. En el coro y nave se ven un gran número de sepulcros, llamando muy particularmente la atencion el que se encuentra delante del altar mayor, por el magnífico leon que está echado sobre su losa, y sus delicados bajos relieves. Los blasones de muchos ilustres caballeros de la órden del Toison de Oro están tallados sobre las sillas de los canónigos: monumentos que perpetúan rasgos de valor y nobleza que venerarán las edades.

Ricas colgaduras de damasco tapizan los muros del templo, y su pavimento está cubierto con magníficas alfombras de Bruselas primorosamente trabajadas. El altar mayor, iluminado por muchos centenares de velas simétricamente colocadas, presenta un *lábaro* de luz, como el que vió Constantino en el cielo, y á su rededor este lema: *In hoc signum vincis.*

Largos escaños de terciopelo carmesí estaban colocados en toda la estension de la nave, y en el presbiterio se alzaba un dosel con las armas, veros y cuarteles de la nobilísima casa de Austria.

El nuncio de Su Santidad y el señor obispo de Lieja, revestidos de pontifical y acompañados del abad, canónigos y capellanes de la colegial de Santa Gudula, estaban sentados en el coro, esperando que les avisaran la procsimidad de D. Juan para recibirlo á la puerta.

El austriaco llegó á su cámara acompañado de Gonzaga, y profundamente preocupado con la singular conversacion que habia tenido en aquella gruta misteriosa. Juan de Escobedo, Andrés de Prada, el duque de Ariscot, el anciano conde de Barlamont, su hijo el señor de Hierges y Juan Bautista de Tarsis, esperaban al jóven príncipe, que los saludó cortesmente, apretando la mano á Barlamont, á quien respetaba como á un padre, por sus años y su prudencia.

—Me alegro mucho, dijo el príncipe, de encontrar reunidos en mi cámara á mis mas sinceros amigos.

—Señor, respondió Barlamont, todos los nobles desearian ocupar el honroso lugar que nos ha reservado V. A.

—Y es tan cierto, añadió Ariscot, que nuestros antiguos amigos nos miran con celosa envidia.

—No tienen razon, noble duque, repuso D. Juan sonriendo. Todos los nobles y plebeyos pueden acercarse á mi persona en todo lugar y á toda hora, y los nobles particularmente no tienen motivo para quejarse del gobernador general. Ayer reconocieron los Estados mi autoridad: anoche vinieron los dos jefes de la nobleza descontenta, el baron de Hesse y el conde de Lalain; estuvimos en esta propia cámara hasta mas de la media noche, discutiendo asuntos de grande importancia; y no debieron salir descontentos de los primeros actos del gobernador D. Juan de Austria.

—Hay hombres, repuso Ariscot, que sienten las pérdidas y no recuerdan las ganancias.

—¿Y esos hombres, duque?....

—Son el baron de Hesse y el inquieto conde de Lalain. Habeis dado, señor, al primero, una pension de seis mil florines; pero ha perdido su omnipotencia militar: habeis concedido al segundo una plaza de consejero; pero ha perdido su supremacía en lo civil.

—Si conservara cada uno la parte de poder que hasta ahora, nos encontrariamos en Bruselas tres gobernadores á un tiempo, ó mejor dicho, no habria ninguno.

—No defiendo, señor, la causa de los dos nobles ofendidos. Pero repito á V. A., que tiene muchos enemigos divididos en varias fracciones. Hay algunos capaces de atentar á la vida de V. A., á la libertad otros, y muchos al poder.

—Ariscot, dijo para sí el príncipe, ha nombrado tres de las cuatro clases en que mi ninfa dividió á mis cautelosos enemigos; el duque de Ariscot sin duda está afiliado en la que se calla.

Y alzando la voz prosiguió:

—Con el aucsilio de Dios, señores, con un gobierno justo y suave, con la cordura de los flamencos y la lealtad de mis amigos, espero vencer la resistencia que me opongan los descontentos, calmar las pasiones irritadas, conciliar los ánimos, y hacer mucho en pro de la religion, del rey y de las provincias unidas.

Iba á contestar Barlamont, pero un paje le interrumpió, anunciando que habian llegado los consejos.

El austriaco se ciñó la espada, que permanecia sobre la mesa, tomó un sombrerillo de estrecha ala adornado con una pluma, y acompañado de su pequeña corte, se presentó en el salon al mismo tiempo que los tres consejos reunidos.

El baron de Rosinguen dirijió á D. Juan la palabra en nombre de los tres consejos, diciéndole:

—Los consejos de estado, hacienda y guerra, cumplen el mas grato deber, felicitando á V. A. al encargarse del gobierno de estas provincias. Los consejos esperan de principios tan sabios y magnánimos, prosperidad, paz y justicia.

—Agradezco, contestó D. Juan, la buena opinion que los consejos han formado de mi persona; y cuento con ellos para cumplir las sabias órdenes del rey.

Apenas dada esta respuesta, se presentó la chancillería del Brabante, y Enrique Chanoines, uno de sus miembros, dijo con voz firme:

—Señor: la chancillería del Brabante tiene el alto honor de felicitar á V. A., y espera recta administracion de justicia.

—La chancillería, tribunal del Brabante, administrará recta justicia con plena y amplia libertad; para corresponder á la confianza que ha depositado en ella el gobierno.

Poco despues se presentaron los diputados de las provincias, y el abad de Maroles, despues de pedir á nombre de la junta los mismos capítulos que habian presentado la noche antes el conde y el baron, terminó diciendo:

—Señor: la junta de los diputados cree que V. A., en cumplimiento del *edicto perpétuo*, y teniendo en cuenta los criminales desafueros que muchos de los antecesores de V. A. han cometido, no guardando los privilegios de las quince provincias reunidas, se apresurará á restablecer los que hayan caido en desuso, y á gobernar por consejo y en armonía de los representantes del pais.

—Atenderé á las peticiones de los señores diputados, dándoles inmediata respuesta; y espero cumplir ecsactamente mis deberes de gobernador, conservando las prerogativas del trono y respetando los privilegios de las provincias.

A la junta de los diputados siguió el ayuntamiento de Bruselas, y el burgo-maestre Juan de Royembuchs dijo:

—El ayuntamiento de Bruselas tiene el honor de felicitar á V. A., y al mismo tiempo le manifiesta, que en atencion á los muchos servicios que ha prestado en las difíciles circunstancias por que acabamos de pasar, cree justo se dé algun ensanche á sus fueros y privilegios. El ayuntamiento elevará una respetuosa esposicion á S. M., pidiéndole circunstanciadamente lo que de justicia le corresponde; mas en tanto cree conveniente que V. A. se conforme con la solicitud siguiente.

El burgo-maestre entregó al príncipe un pergamino, y el austriaco leyó en voz alta:

"Señor: el ayuntamiento de Bruselas, que ha su-"frido varios desafueros de los pasados gobernado-"res, quiere de una vez precaverse y pide: Que dos "de sus miembros, uno noble, y del estado llano el "otro, sean consejeros del gobernador de los Paises "Bajos, y éste no podrá tomar resolucion alguna "sin la anuencia de los espresados consejeros."

Los dedos del príncipe se clavaron en el pergamino, la sangre se agolpó á su rostro, y sus trémulos labios se agitaron con estraordinario furor; mas haciendo un violento esfuerzo, logró dominar su indignacion, y respondió con admirable sangre fria:

—Aprecio en su justo valor los poderosísimos motivos que han impulsado al ayuntamiento de Bruselas á dirijirme una peticion de grande importancia y trascendencia. Por mi parte me encuentro pronto á recibir dos consejeros tan ilustrados, como deben serlo los rejidores de tan importante ciudad; pero temo menoscabar los privilegios de los Estados generales, consejeros lejítimos del rey, y los de los consejos de estado, hacienda y guerra, consejeros autorizados del gobernador general. Sin embargo, si los Estados generales y los consejos creen conveniente. . . .

Un rumor sordo manifestó la desaprobacion unánime de consejeros y diputados, y el austriaco añadió:

—Con grande sentimiento mio, no puedo acceder al deseo del ayuntamiento de Bruselas.

Llegaron otros muchos nobles, entre los cuales se distinguian el baron de Hesse, el conde de Lalain y el vizconde de Gante, y salió el cortejo de palacio para dirijirse á Santa Gudula. Abria la marcha una compañía de mosqueteros de la ciudad, con sus calzones acuchillados de colores, sus medias listadas, sus ropillas y grandes sombreros chambergos: seguian los maceros del ayuntamiento, con sus ropones de damasco, y los señores rejidores, vestidos de gran etiqueta; pero distinguiéndose los nobles de los plebeyos, y entre todos el armero Cornelio Estraten. La chancillería y los consejos seguian á la municipalidad de cerca, y tras éstos marchaban los señores diputados, orgullosos con el poder que monopolizaban entonces. D. Juan de Austria, rodeado de un crecido número de nobles, vestido de negro enteramente y con notable sencillez, iba en pos de los diputados; y los mosqueteros de su guardia, con el duque de Ariscot al frente, cerraban esta brillante procesion.

Las calles estaban adornadas con riquísimas colgaduras, y muchas hermosas ostentaban sus seductores atractivos.

Al igualarse con la casa de maese Cornelio Estraten, todas las miradas buscaban á la interesante María; pero con asombro de todos vieron cerrados los balcones, y que por ninguna parte aparecia la deliciosa hija del armero.

Cuando llegó la comitiva á la iglesia de Santa Gudula, encontró en sus puertas al clero, colocado en una doble hilera, y los maestros de ceremonias fueron indicando sus asientos á los señores concejales, consejeros y diputados: pero cuando entró D. Juan de Austria, se adelantaron á recibirlo el nuncio de Su Santidad y el señor obispo de Lieja, y llevándolo al presbiterio lo sentaron bajo el rico solio para el intento levantado.

Un pueblo inmenso se apretaba en la nave y en las capillas: los hombres estaban estasiados con el porte marcial del príncipe, y las mujeres se hacian lenguas celebrando su gallardía, su afabilidad y hermosura.

En lo mas oculto de la capilla del santo copon, se encontraba una mujer tapada con un tupidísimo velo y envuelta en un cumplido y negro manto. No podemos manifestar si la naturaleza la habia tratado como madrastra ó como madre, si era vieja ó jóven, su estado ni su condicion. Solo dirémos que miraba continuamente al presbiterio, en lo que se parecia á otras muchas que, apartándose de la política de sus padres ó sus maridos, miraban con muy buenos ojos al bizarro gobernador.

El nuncio de Su Santidad se revistió con alba y casulla, y sirviéndole de diáconos el señor obispo de Lieja y el señor abad de Santa Gudula, dió principio á una solemne misa cantada, con acompañamiento de voces y gran número de instrumentos. Desde la llegada del príncipe habia resonado en el templo un no interrumpido murmullo de curiosidad ó admiracion; pero al empezarse la misa todo quedó en profundo silencio y en recojimiento religioso, dando el ejemplo el mismo D. Juan, quien se arrodilló devotamente y no dejó esta humilde postura durante todo el sacrificio. A la misa siguió un *Te-Deum*, no menos solemne que aquella, en accion de gracias á Dios por haber restablecido la paz entre el soberano y los súbditos. Acabado el solemne *Te-Deum*, volvió á notarse el mismo murmullo que á la entrada del noble príncipe; pero se calmó de repente á una leve señal del austriaco, quien adelantándose hasta la reja del presbiterio, dijo con voz firme y sonora:

—Señores diputados de las provincias, consejeros del rey, tribunales, magistrados, clero, nobleza y pueblo de Bruselas: en los primeros siglos de la Iglesia, de la monarquía goda, de la franca y de los demás pueblos del Norte, se celebraban las asambleas de las naciones, á semejanza de los concilios, bajo las bóvedas sagradas, sin duda para dar mas fuerza á lo que allí se sancionaba, con la santidad del lugar y los terribles anatemas lanzados contra los perjuros. Siguiendo el ejemplo, señores, de nuestros belicosos ascendientes, no temo levantar mi voz bajo la bóveda sagrada, para contestar á las peticiones que los señores diputados han tenido á bien elevarme, y cuya respuesta es como sigue.

El príncipe sacó un pergamino, y con voz mas sonora y solemne leyó, mientras todos guardaban el mas respetuoso silencio:

—"Me place que los Estados generales continúen reunidos todo el tiempo que consideren necesario; aunque al mismo tiempo deseo que abrevien cuanto les sea posible, para convocar en seguida la junta general de las provincias. Pueden conservar los soldados, siempre que acaten, como deben, la autoridad real, representada por el gobernador de las provincias. Los confirmo, como he dicho antes, en el ejercicio de sus funciones, y pueden arbitrar todos los medios que crean convenientes para reunir fondos, sin sobrecargar á determinadas provincias. Antes de reunirse los diputados de cualquiera provincia, darán parte al gobernador general, como es de ley y de costumbre. Apruebo y aplaudo de la liga todo lo concerniente á la religion católica, á la ejecucion del *edicto perpétuo* y conservacion de los privilegios de los Estados. He comunicado mis órdenes muy terminantes, y bajo la conducta del conde de Mansfeld se encuentran camino de Italia los tercios castellanos. Quiero que si alguna provincia, ciudad ó pueblo, tiene perdido algun buen uso ó privilegio, lo pida, porque se lo restituiré en breve y con la mejor voluntad."

El príncipe acabó su lectura, llamó al decano del consejo de estado, y entregándole el pergamino continuó:

—Mando que el consejo de estado confirme por especial decreto mi respuesta, y que cuanto en ella se contiene sea observado religiosamente por el gobernador general y por las provincias unidas.

El consejo se retiró, y el austriaco añadió:

—Señores, á la faz de Dios y de los hombres juro cumplir y hacer cumplir cuanto os acabo de leer; habiéndolo hecho en este templo para darle mas solemnidad, y para que la ira del Altísimo caiga sobre la cabeza del perjuro.

Estas palabras de D. Juan estremecieron profundamente á muchos de los circunstantes, mientras otros se daban parabienes por el leal modo de proceder del bizarro gobernador.

D. Juan no se detuvo mas; bajó las gradas del presbiterio, y seguido del señor nuncio, del obispo y todo el cortejo, se dirijió á la sacristía á invitacion del señor abad.

La sacristía de Santa Gudula correspondia perfectamente á la magnificencia del templo: sus estantes de nogal tallado, su vestuario con embutidos, sus espejos y sus pinturas no dejaban que desear, así como un Cristo de madera, célebre por su antigüedad y por su esquisito trabajo. Al rededor de esta sacristía, y formando un gran semicírculo, estaban colocadas un número considerable de mesas, cubiertas de esquisitos dulces, y adornadas con profusion de hermosas flores, en cincelados jarrones de plata de una magnitud colosal.

En el centro del semicírculo, lugar destinado para el príncipe, se veia una galera de feligrana, enteramente desmantelada, y en la popa, sobre un canastillo de oro, un pequeño turbante de huevos moles, tan perfectamente trabajado y de tan hermoso colorido, que el mas apuesto sarraceno lo hubiera tomado por modelo para su tocado de gala.

El príncipe y los convidados fueron ocupando sus puestos con el mayor órden y gravedad, y el duque de Ariscot, usando de la prerogativa de su empleo de capitan de guardias del príncipe, se colocó detrás del asiento de D. Juan, mientras Gonzaga y Escobedo envidiaban aquel puesto de honor, porque podia serlo de peligro.

Obtenida la vénia del príncipe, empezaron á servir los dulces en rica bajilla de plata, y el pueblo, que se habia agolpado á la puerta de la sacristía, contemplaba con atencion los mas pequeños incidentes de aquel espléndido festin. Una persona interesada en seguir á la dama que vimos en la capilla del copon, hubiera podido descubrirla entre la confusa multitud; pero de ningun modo conocerla, pues permanecia tan cuidadosamente tapada como en los sagrados oficios. Un cuidadoso observador, y el duque de Ariscot lo fué, hubiera visto junto á la dama un semblante desencajado, que seguia con penoso anhelo la lenta marcha del festin. Este semblante desencajado era el de Felipe de Marnis.

Entre los convidados habia unos que solo pensaban en engullir lo mejor y en mas cantidad: otros que, ocupados enteramente en fraguar planes ambiciosos, apenas probaban los manjares: y uno que, uniendo lo cortés á lo valiente, comia y tramaba al mismo tiempo, como diligente gastrónomo y profundo conspirador. Este hombre de doble ejercicio era maese Cornelio Estraten. Desocupaba platos y botellas con tan singular desenfado, que los canónigos temieron que aquel solo hombre diera al traste con el crédito del cabildo, devorando toda la provision sin dejar su vientre repleto.

El abad de la colegiata hacia con delicado esmero los honores de dueño de casa; pero su mas asiduo cuidado y atenciones se dirijian, como era natural, al príncipe. Pocas cosas comió D. Juan que no fueran dispuestas antes por la mano del sacerdote; pero el momento mas solemne llegaba, y el señor abad, colocándose entre el gobernador y el nuncio, tomó el canastillo de oro. Las pupilas de Felipe de Marnis se dilataron, como las del tigre al lanzarse sobre su presa: bajo el tupido velo de la dama tambien se dilataron unas pupilas pardas y brillantes, fijándose en el calvinista, y la frente del duque de Ariscot se contrajo lijeramente.

—Señor, dijo el abad presentando á D. Juan de Austria el canastillo, este banquete es poco digno de la persona á quien se ofrece, pero hemos querido á lo menos que haya en él recuerdos agradables para el vencedor de Lepanto. No habrá olvidado V. A. el turbante que llevaba aquel dia el capitan Bajá, cuya forma y colores están copiados en el que presento á V. A.: don insignificante por cierto, ofrenda leve, pero el grande se puede honrar en lo pequeño.

—Señor abad, respondió el príncipe, el cabildo de Santa Gudula me ha honrado como no merezco, y estrema su galantería hasta en los menores detalles. Fuí generalísimo en Lepanto, por la voluntad de mi rey, y demás príncipes de la liga: iba á defender la causa de la cruz contra la de la media luna, el Evangelio contra el Coran. El écsito no podia ser dudoso. Dios se puso de parte de los suyos y nos concedió la victoria. ¡Honor al Dios de los ejércitos! No disimularé, señores, el heróico brio de los soldados de Lepanto, la pericia de sus capitanes y el valor de todos: lo confieso. Yo fuí el que tuve menos parte en aquella gloriosa jornada,

y solo puedo admitir este presente á nombre de la invencible armada de la liga.

Todos aplaudieron la respuesta del modesto é ilustre caudillo; las pupilas de Felipe de Marnis se dilataron mas y mas, el canastillo iba á pasar de las manos del señor abad á las del príncipe, y la dama cubierta, despues de haber fijado una penetrante mirada en Felipe, dió un paso hácia la sacristía.

Ya tocaba D. Juan el canastillo, cuando el duque de Ariscot, interponiéndose entre el príncipe y el abad, dijo:

—Permitidme, señor abad, la honra de ofrecer al noble príncipe este presente á nombre de todo el ejército flamenco.

Y sin dar lugar á que el abad pudiera oponérsele ó replicarle, se apoderó del canastillo con tan notable aturdimiento, que escapándosele de las manos rodó sobre la rica alfombra, haciéndose pedazos el turbante trabajado con tal primor.

Al presenciar esta catástrofe se alzó un grito de sentimiento y de indignacion contra el duque; las pupilas de Felipe de Marnis se pusieron color de escarlata, y murmuró una imprecacion espantosa; la dama se acercó á su oido y le dijo con voz solemne:

—¡Tiembla, asesino!

El príncipe miró á Ariscot, como preguntándole la causa de lo que acababa de pasar: el duque permaneció mudo; pero un incidente inesperado debia aumentar la confusion y producir mas viva alarma. En un estremo de la sacristía estaba tendido un enorme perro, perteneciente á maese Cornelio Estraten, y su inseparable compañero. Este animal oia con disgusto el continuo choque de la bajilla, y miraba con ojos codiciosos aquel gran número de manjares desconocidos para él: mas al ver rodar el turbante no pudo contener su gula, y abalanzándose con presteza se lo tragó de un solo bocado.

"Veneno que mate como el rayo," habia pedido Felipe de Marnis al célebre químico Genaro; un rayo no hubiera aniquilado tan pronto al perro de maese Estraten como el turbante del Bajá.

El animal lanzó un alarido y cayó en la alfombra sin vida.

—Gracias, duque: dijo Don Juan con imperturbable sangre fria.

—Señor, murmuró el duque.

—¡Traicion! esclamó Gonzaga con furia: y desenvainando la espada se dirijió contra el abad.

—Detente, Gonzaga: dijo el príncipe. ¿Así das gracias á la Providencia por haberme salvado la vida?...

El anciano conde de Barlamont llamó la atencion del concurso, y dijo con voz firme:

—Señores, la vida del gobernador ha estado en el mayor peligro; el duque de Ariscot ha impedido que el crímen se cometa: el duque conoce sin duda á los autores y debe nombrarlos.

—Un caballero no delata: dijo Don Juan con dignidad. Estoy agradecido al duque, y le prohibo formalmente que nombre al autor ó á los autores del crímen que habeis presenciado.

—Pido, señor, prosiguió el conde, que procedan los tribunales á la averiguacion.

—Señor conde, prohibo que se dé el menor paso en averiguacion de este hecho, y suplico á todos que le olviden.

—Señor, dijo el abad, que apenas habia vuelto de su sobresalto, protesto ante Dios y los hombres....

—Estoy convencido, señor abad, de vuestra inocencia.

—Juro, dijo el duque de Ariscot, que el cabildo de Santa Gudula no ha tenido la menor parte en el proyectado asesinato.

—Gracias: murmuró el abad.

—Señores, dijo el príncipe, creo conveniente que nos retiremos á palacio.

Los convidados sobrecojidos por cuanto acababa de suceder, esperaban con ansia esta órden: salió la comitiva del templo, y el pueblo victoreó en todo el tránsito al gobernador D. Juan de Austria.

CAPITULO VII.

EL HIJO DEL POSADERO.

Habian transcurrido algunos dias desde la solemne funcion, y la hija de maese Cornelio se encontraba en su gabinete profundamente melancólica. Sus hermosos ojos tenian la misma espresion de impaciencia que la noche del tres de Mayo, pero al mismo tiempo espresaban honda indignacion y grave angustia. Se levantaba con frecuencia, entreabria la tallada puerta que comunicaba con el salon de las armaduras, pasaba en ella algunos minutos, y volvia á su sitial mas triste, mas impaciente é indignada; pero despues de unos instantes volvió á levantarse y á mirar.

No siempre debia quedar burlada su ansiedad; y á la sesta vez de abrir la puerta vió entrar en la sala á un hombre alto, blanco, encarnado, rubio y abobado; vestido con bombachos de lana gris, medias azlues, zapatos gruesos, coleto de ante, y un enorme sombrero de alas. Este jóven era nada menos que Guillermo Matren, hijo del mas rico posadero de los estados de Brabante.

Guillermo atravesó con paso firme las dos terceras partes del salon; pero despues se quedó parado y empezó á dar vueltas al rededor, ora mirando las armaduras, ora sacudiéndose el polvo que cubria todos sus vestidos.

Al ver entrar al jóven Guillermo, tomó la mirada de María una espresion de hondo desprecio; pero pasó con rapidez haciendo lugar á otra mirada casi enteramente afectuosa, y dijo con voz dulce:

—Por aquí, Guillermo, por aquí.

Al oir el jóven la dulce voz de la encantadora María, se precipitó hácia el gabinete como un caballo desbocado; pero su amorosa fogosidad fué causa de un sinnúmero de contratiempos. En primer lugar tropezó con un gran sillon de baqueta, desollándose una espinilla: queriendo apoyarse en la pared, puso la mano sobre el filo de una cortante hacha de armas, hiriéndose lijeramente; y falto de apoyo cayó sobre el empolvado pavimento.

Grandes esfuerzos hizo María para comprimir una estrepitosa carcajada, aunque no pudo conseguirlo; y Guillermo se levantó tan perturbado y tan corrido, que en vez de dirijirse al gabinete, marchó hácia la puerta del salon, con ánimo de ocultar su derrota en una prudente retirada.

—Por aquí, por aquí, Guillermo: repitió la hermosa María; y el pobre mozo, atolondrado con la turbacion y la caida, quedó clavado como una estátua, sin atreverse á retroceder y sin adelantar un solo paso.

La jóven vió que era difícil mover á Guillermo con palabras, y acercándosele velozmente, le cojió de un brazo y le condujo al elegante gabinete. El jóven se dejó llevar, pues materialmente no tenia accion ni podia oponer resistencia, y ocupó sin ceremonia el sitial que le indicó la sin par hija del armero.

Perfectamente arrellenado en el asiento mas mullido que habia ocupado el posadero en sus veintitres años de vida, empezó á sentir un bienestar que le iba volviendo las fuerzas y despejando los sentidos. Paseó sus estúpidas miradas por el alhajado aposento, y sonrió como un niño de un año al encontrarse en un almacen de juguetes.

—¿Por qué te ries, Guillermo?

—Me rio al ver esta casa tan linda.

—¿Te gusta?

—Mucho. Casi.... Iba á decir un disparate.

—¿Qué ibas á decir?

—Que me gusta casi.... casi tanto como tú.

—¿De veras?

—Tanto como tú, no, María; pero mucho mas que tu padre.

—¡Qué bruto es! murmuró la jóven.

—No he visto aposento tan lindo; y eso que soy el hijo único del mas rico posadero del Brabante.

María se sonrió con malicia, y animándose, como quien dice: Es preciso hacer un esfuerzo; preguntó á Guillermo:

—¿Has visto á mi padre?

—No, María.

—Pues entonces, ¿cómo has venido?

—Te contaré, María, la causa de mi inesperada visita, empezando por el principio. Pero has de escucharme muy atenta.

—No tengas cuidado, Guillermo.

—Ya te habia visto muchas veces, y me habias parecido mas linda que la hija del burgo-maestre, que la del sub-burgo-maestre y los otros trece rejidores. ¡Cuántas veces me habia dicho á solas: Qué ojos tan grandes tiene María; qué boca tan chica tiene María; qué dientes tan blancos tiene María; qué buen cuerpo tiene María; qué garganta, qué manos, qué piés: en una palabra, todo lo tuyo me parecia lo mas hermoso.

—¿Pudieras abreviar un poco?

—Déjame contar á mi manera, porque si nó, no acabo nunca. Yo pensaba en tí algunas veces, y suspiraba de vez en cuando; pero como soy..... como soy.... como soy tan....

—¿Qué eres?

—Una cosa que me dice el señor cura de Santa Catalina, cuando voy á confesarme con él.

—¿Tan malo?

—No es malo: es otra cosa.

—Pues si no te acuerdas, prosigue.

—Ya me acuerdo, María. Tan bruto.

—¡Qué bien te conoce el señor cura!

—Pues señor, como soy tan bruto, no se me ocurre ninguna idea: y eso que soy hijo único del posadero mas rico de todo el Brabante.

—¿Y tu padre, Guillermo, dice el señor cura si es tan bruto como su hijo?

—No, María: y te voy á dar una prueba. Pasaste tú estos dias pasados por la plaza del Arenal, y mi padre y yo nos encontrabamos á la puerta de la posada. Al verte venir dí un suspiro; mi padre me echó una mirada y me dijo:—¿Te gusta esa chica?—Un poco mas de lo regular: le respondí.—¿Y por qué no me lo has dicho, bruto?—Qué sé yo.—Eres, Guillermo, el hijo único del posadero mas rico del Brabante; puedes casarte con la hija del mas rico armero de Bruselas.

Un vivo encarnado cubrió el hermoso rostro de María, y Guillermo continuó:

—No se me habia ocurrido, María, que podia casarme contigo; pero las palabras de mi padre me probaron que yo era un bruto, como dice con mucha razon el señor cura de Santa Catalina. Tu padre llegó á mi posada, y el mio, que estaba deseando encontrarlo, le dijo:—Tengo un muchacho de veintitres años, robusto y alto como un pino; tú tienes una hermosa hija de diez y siete. ¿Te parece que los casemos?—Le preguntaré á mi hija si quiere, respondió: y siguió con calma su camino.

Guillermo tomó aliento, y María se resignó á oir el fin de la historia.

—No puedes figurarte las ganas que tenia de saber tu respuesta, cuando la casualidad me proporcionó un medio seguro de adivinarla.

—Cuenta, cuenta.

—Era la víspera de la funcion que debia celebrarse en Santa Gudula, y habian encargado los dulces á un confitero amigo mio; fuí aquella noche á su casa, y me dijo:—Ya tengo acabado, Guillermo, el turbante de huevos moles que han de presentar mañana al príncipe; pero estoy en un compromiso.—¿En un compromiso?—Sí tal. No sé cómo darle color. Como yo tengo pocas ideas, no se me ocurrió qué decirle, mas continuó el confitero: —Acabo de pensar un medio de llevar á cabo mi empresa.... Pero te estoy cansando, María, y...

—No me cansas; cuenta, Guillermo. Decias que el confitero....

—Es que....

—Es que yo quiero que continúes.

—Si tú lo quieres, nada puedo oponer, María. El confitero prosiguió:—Voy á enviar al punto este turbante á la torre de los *Tres Cipreses* á ver si el sabio maese Genaro se encarga de darle color. Esta decision del confitero me hizo concebir una idea, y le dije:—Si no tienes inconveniente, yo llevaré tu golosina á la torre de los *Tres Cipreses*.—Con mucho gusto; me respondió: y poniéndome la

golosina en una bandeja de plata, me dijo:—Dí á maese Genaro que le dé color con vejetales que no puedan causar ningun daño al príncipe D. Juan de Austria.

—Prosigue, prosigue, Guillermo.

—Me encaminé inmediatamente á la torre de los *Tres Cipreses*, llamé á su puertecilla de roble, y bajó á abrirme maese Genaro; le repetí las mismas palabras que me habia dicho el confitero, y el anciano me hizo subir á lo mas alto de la torre. Pasaré por alto....

—Nada, nada.

—Cuando nos encontramos en ella, sacó unas yerbas de un armario, las puso en una cacerola de azofar, tomó un gran frasco de porcelana, echó una corta porcion de líquido en las yerbas, acomodó la cacerola en un hornillo, y apoderándose de un fuelle, animó la lumbre en un instante. Yo miraba al sabio, como quien desea alguna cosa, y él, que adivina los pensamientos, me preguntó:—¿En qué piensas, Guillermo, en qué piensas?—Pienso, pienso....le respondí.—En hacerme alguna pregunta y no te atreves.—Cabalmente. Cuando yo decia... cuando yo decia....—¿Que adivino lo que tú piensas?—Cabalmente: y que sois capaz de adivinar todo cuanto querais.—¿De veras?—Por eso he venido á traer esa pequeña golosina.

—Eso va siendo demasiado largo.

—Como dijiste que querias....

—No importa. Abrevia un poco, abrevia.

—Le puse en la mano seis florines y le pregunté, qué responderias á la propuesta de mi padre. Su respuesta fué *lo pensará:* á mí me pareció muy poco; pero he visto que maese Genaro tenia muchísima razon.

—Continúa, Guillermo, continúa.

—Lo demás no importa un ardite.

—¿Dió el sabio color al turbante?

—Estaban hirviendo las yerbas, y dieron en la puerta unos golpes; maese Genaro no los oyó, y entonces pronunciaron en voz alta el nombre de Felipe de Marnis. Al oir este nombre dejó el sabio su espumaderilla de plata, y bajó á abrir, encerrándome antes con llave: yo no sé lo que le dirian; pero volvió á pocos minutos, abrió un escritorio, sacó de él un pomito de oro, y echó una gota del líquido que contenia en la cacerola de las yerbas.

—¿Y el turbante?

—Me lo entregó poco despues, pintado con aquel licor. Salí de la torre del sabio, y notando que maese Genaro se quedó paseando en la puerta, dí un corto rodeo; pero oculto con unos rosales jigantescos, me acerqué de nuevo á la torre. Al lado de maese Genaro se encontraba un hombre embozado en una ancha capa, y ambos sostenian animada conversacion.

—¿Oiste?

—Ni una sola palabra; pero noté que al despedirse dió maese Genaro una carta al desconocido; y, siguiéndole á corta distancia hasta la ciudad, vi que entraba....

—¿En dónde?

—En el palacio del duque de Ariscot.

María se sonriyó cariñosamente, y acercándose mas á Guillermo, le dijo:

—Te vas haciendo hombre importante.

—Eso me dice muchas veces el señor Felipe de Marnis.

—¿Le has contado lo que presenciaste en la torre de los *Tres Cipreses?*

—No le he dicho ni una palabra.

—Has hecho bien, Guillermo. Calla cuanto has visto, porque la mas leve indiscrecion puede costarte la cabeza.

—¿Cortar la cabeza al hijo único del posadero mas rico del Brabante? ¿Estás loca, María, estás loca?

—No, Guillermo. El turbante estaba envenenado....

—Que lo diga el perro de tu padre.

—Y si supiera la justicia que estuvo en tus manos....

—Tienes razon.

—Nada mas te digo, Guillermo. Callarás, porque te conviene, y porque lo ecsijo de tí.

—Callaré porque tú lo mandas.

María apoyó su frente tersa y pura en su mano blanca y pequeña, y despues de haber meditado dijo al jóven:

—¿Me quieres mucho?

Todo lo que puede querer un bruto, como dice el señor cura de Santa Catalina.

—Supuesto que tanto me quieres, es necesario que conozcas perfectamente mi carácter.

Guillermo la miró como un hombre que no entiende lo que le dicen. María prosiguió:

—Soy caprichosa.

Guillermo se encojió de hombros: la jóven continuó:

—Deseo que me obedezcan.

—Eso sí: haré yo cuanto tú me mandes.

—Que me digan los mas ocultos pensamientos.

—Pienso muy poco, como he dicho; pero no te ocultaré nada.

—Que nada hagan sin consultarme.

—No me moveré sin tu permiso.

—¿Aceptas estas condiciones?

—Con toda mi alma. Soy naturalmente perezoso y me gusta que piensen por mí.

—Bien, Guillermo. Ahora voy á hacerte otra pregunta.

—Pregunta cuanto te parezca.

—¿Es tu amigo Felipe de Marnis?

—Mi mayor amigo, María.

—¿Tienes fé en su amistad?

—La tengo.

—¿Harias por él cualquier sacrificio?

—Lo haria.

—¿Tendrias con él cualquier confianza?

—La tendria.

—¿Tienes fé en su amistad? repito.

—La tengo.

—Pues Felipe de Marnis te engaña.

—Imposible, María, imposible.

—Felipe de Marnis te vende.

—Es imposible.

—Te lo aseguro.

—Dame una prueba.

—Te la daré: mas antes responde. ¿Sabe Felipe que has solicitado mi mano?

—Se lo dije aquel mismo dia.

—Pues aquella noche me pidió á mi padre.

—¡Infame, infame! Él, el calvinista, el vejete. Juro á Dios que me pagará....

—Detente, Guillermo, detente.

Guillermo se habia levantado, y buscaba por donde salir; pues el tapiz que cubria la puerta la desfiguraba de modo que era imposible conocerla.

—Detente, Guillermo, detente: repitió María.

—Déjame salir por favor.

—¿Qué piensas hacer?

—Yo lo sé.

—¿No recuerdas que has de decirme tus mas ocultos pensamientos?

—Pues pienso matar á Felipe.

—No harás tal.

—¿Por qué?

—Porque lo mando.

Guillermo bajó la cabeza sin atreverse á replicar, y María prosiguió:

—¿Por qué has venido aquí?

—Porque me has llamado, María.

—Pues en esto te doy una prueba de que te prefiero á Felipe.

—Tienes razon; y no habia reparado en ello.

—Mira, Guillermo, tú seguirás siendo amigo de Felipe de Marnis.

—¡Jamás!

—Guillermo, yo lo mando. Irás á su casa con frecuencia y me contarás cuanto te diga. Nosotros hablarémos de él, como de un viejo impertinente, y nos reirémos á su costa.

—Tienes razon.

—¿Me lo contarás todo?

—Sin callarte una sola palabra. ¿Pero cuándo nos casarémos?

—Cuando se concluya mi luto.

—¿Y entre tanto?

—Vendrás aquí todos los dias, y estarémos juntos media hora.

—Que se acabe pronto tu luto.

—Todo acaba pronto, Guillermo.

María abrió la puerta del gabinete, y señalándola á su futuro, dijo:

—Guillermo, hasta mañana.

CAPITULO VIII.

LOS CUATRO PARTIDOS.

El gobernador D. Juan de Austria se habia propuesto conservar la paz á toda costa, para alejar del ánimo del rey la idea de un engrandecimiento personal, y hacer comprender al pueblo flamenco, que sus verdaderos intereses estaban unidos al prestigio de la corona y al crédito del gobernador. Invariable en este propósito, no daba oidos á las continuas amonestaciones de sus celosos partidarios, hacia mercedes á sus personales enemigos, procuraba cortar las rencillas de las parcialidades opuestas, y, sin hacer caso jamás de su propio peligro, se manifestaba confiado y en gran manera generoso. Por lo demás, habia encargado eficazmente á los tribunales que administraran pronta justicia, y sostenia en fiel su balanza entre las encontradas facciones que se disputaban el poder. Un proceder tan generoso le iba ganando las voluntades de todos los hombres honrados, pero los malos y ambiciosos se irritaban mas de su conducta: en primer lugar, porque no podian satisfacer sus ambiciones, y en segundo, porque temian que el gobernador se ganase la buena voluntad de los pueblos hasta punto que les fuera difícil echar por tierra su poder.

Los enemigos de D. Juan estaban divididos entre sí en cuatro bandos, que se acercaban mas ó menos segun sus distintas tendencias. El primero se componia de los íntimos partidarios de Guillermo, príncipe de Orange, formado con los calvinistas, á cuya cabeza se hallaba el señor de Santaldegonde; que habiendo sido grande enemigo de Juan Calvino, durante la vida del reformista, se habia hecho despues de su muerte ardiente apóstol de sus doctrinas en Holanda y Zelanda, introduciéndolas despues en los estados de Brabante. Este partido conspiraba contra la vida del austriaco. El segundo partido reconocia por jefes, entre los nobles, al baron de Hesse y conde de Lalain; entre los plebeyos á maesse Cornelio Estraten y á Jorge Matren, el posadero. Las maquinaciones de este partido no iban tan lejos, contentándose con privar al príncipe del poder y la libertad. El tercer partido, compuesto de los Estados generales, no reconocia ningun jefe; y como aspiraba solamente á reconquistar la autoridad que habia ejercido desde la muerte de Requesen, se contentaba con obligar al gobernador á salir de las provincias unidas; dispuestos á allanarle el camino para la fuga que deseaban. El cuarto partido, compuesto del duque de Ariscot, el bizarro vizconde de Gante, el baron de Rosignen, Enrique Chanoines, y otros, no era enemigo personal del príncipe; pero deseaba que éste alejara de sí á los consejeros españoles, y mandarlo todo á su sombra con absoluta independencia.

El primer partido se apoyaba naturalmente en el segundo; el segundo no desaprobada las intenciones del tercero, que lo admitia como aucsiliar; y el cuarto permanecia aislado, mirado con prevencion por los tres restantes, y sin otro lazo de union que el odio comun á los consejeros del príncipe. Los cuatro partidos se espiaban, y los cuatro partidos á un tiempo tomaban sus disposiciones Para conocerlas de una vez, echarémos una ojeada sobre todos al mismo tiempo.

En el laboratorio químico de la torre de los *Tres Cipreses* están sentados en dos sillones, prócsimos á una mesa de mármol, maese Genaro y el señor de Santaldegonde. Conocemos perfectamente la fisonomía del gran químico, pero no hemos descrito hasta ahora la del caballero de Marnis.

Felipe de Marnis era un hombre de cincuenta y